

# LOS CHINOS BOGOTANOS A PRINCIPIOS DE SIGLO: 1900 -1929<sup>1</sup>

Ximena Pachón C.  
Instituto Colombiano de Antropología  
Cecilia Muñoz V.  
Investigador independiente

## Los chinos bogotanos

Revienta en los aires un férvido grito:  
*-¡El Tiempo y Especta! ¿Le embolo, mesito?*

Y en calles y plazas, vibrante y risueño,  
el *chino* sonoro - la mirla sin dueño -  
de pronto aparece saltando veloz.  
Calzones de manta que el suelo le alisa,  
la vida en los ojos y el alma en la voz.

¿Su padre? No tiene. ¿Su madre? Lo ignora...  
Nó, no es la viejita que tose y que llora  
en rancho que guarda la hostil soledad:  
de aquellos gamines las rudas legiones  
nacieron, lo mismo que los copetones,  
del alma doliente de nuestra ciudad...

Y el grito se eleva férvido y fuerte:  
*—¡Es la última, mesio! ¿No compra la suerte?*  
*¡La suerte!... Con ellos que dura y sombría...*

ya busca la *lata*, dejando el portón.  
¡*El Tiempo!* ¡*Le embolo?* ... No saben - arcanos -  
que llevan la patria vibrando en las manos  
y toda una raza prendida al cajón.

¡Y qué! ¡Son felices! Amable y *chirriada*  
por ellos tan sólo se tarda la criada  
que empieza a abrazarse por fiebre sin fin.  
El cuarto vestido con rotas postales;  
mejillas lo mismo que vivos corales...  
Después ... que los *mesios* le compren carmín ...

Y saltan los chinos lo mismo que gnomos:  
- ¡*El gráfico y Mundo!* ¡*Revista de Cromos!*

Nicolás Bayona Posada<sup>2</sup>

El “chino bogotano” es una realidad a comienzo de siglo y desde ese momento es ya objeto de estudios especiales, de reflexiones, de poemas y de novelas cortas en las cuales se narran sus aventuras. “El Niño Agapito y el Chino de Bogotá”, de Januario Salgar, “La Niña Agueda” de Manuel Pombo, el “Chino Lazaro”, de Fermín y Pimentel y Vargas, son algunas expresiones de esta realidad capitalina. Son los niños huérfanos y abandonados que tienen que buscar formas propias de supervivencia, que realizan pequeños trabajos y que se ven avocados a formar parte de pandillas callejeras que se organizan en la calle. Aparece el “chino” como aquel niño que se queda huérfano o que tiene que ayudarle a su madre en la supervivencia del hogar con los pocos recursos que puede conseguir un niño y la aquiescencia de una sociedad que tolera, y que se vuelve indiferente, frente a las difíciles condiciones de vida de la infancia capitalina.<sup>3</sup>

A finales del siglo pasado en la Revista “El Domingo”, apareció en marzo de 1.899, la historia de un chino afortunado: “Lucas Vargas”. Escrita por José María Samper<sup>4</sup>, esta narración nos permite seguir de cerca el contacto entre un chino embolador y su cliente, un hombre solitario que se encariña con el muchacho y le brinda la oportunidad de “culturizarse” y convertirse en un buen cristiano. Describe en forma muy elocuente el contacto entre el mundo culto del hombre solitario y

el mundo de los “chinos de la calle”, con su lenguaje propio y su forma de vivir siempre orientada hacia el presente, sin ninguna referencia del futuro. Entre los dos personajes se halla la madre del niño que lo explota permanentemente. El solitario personaje, finalmente logra proteger al muchacho, hasta que lo ve convertido en una persona de bien, capaz de ganarse la vida en forma honesta a través de un negocio cada vez más próspero en la venta de periódicos. Entre los múltiples aspectos que esta historia narra, encontramos la vinculación de Lucas Vargas, y otros “chinos de la calle” a las fiestas religiosas. Es un extraordinario relato que nos deja ver con lujo de detalles, lo propio del mundo gamín, ya existente en Bogotá hacia finales del siglo pasado y cuyo origen se confunde con la historia misma de la ciudad.

A principio de siglo, el “chino” estaba en todos los lugares de la ciudad y en todo tipo de acontecimientos. Cuando el orden público se turbaba, él era elemento fundamental de las contiendas. “Nadie era más ligero para recoger piedras, que fueron las armas de aquellos revolucionarios...”, nos dice Osorio Lizarazo en una remembranza del “chino bogotano” y resalta la preciosa y anónima colaboración que ellos desempeñaron en las guerras civiles. Hablando de ellos y de su papel como pequeños revolucionarios, nos dice: “...Era (el “chino”) el único medio de información y no era deficiente. Había ido a todas partes, se había enterado de todos los movimientos, sabía dónde y quién resultaba vencedor... Lo mismo acontecía en las campañas bélicas. Cuando llegaban los partes de los hechos de armas de los beligerantes, se encargaba de propagarlos, citando con precisión el sitio donde se encontraban los más renombrados jefes, sus victorias respectivas y sus derrotas. Con frecuencia fué enviado a llevar noticias a los sitios de campaña y burlando hábilmente todas las vigilancias, y todas las precauciones, terminaba con honra su comisión...”.<sup>5</sup>

Hacia 1903, cuando se produjo la separación de Panamá, los “chinos” vendedores de periódicos de la capital, no ajenos a la realidad nacional, y bajo el lema “por la Union y por la Patria”, organizaron una manifestación ante al Excelentísimo Sr. Vicepresidente de la República. La prensa aprovecha el hecho para exaltar el nacionalismo: “...Ese cuerpo de pilluelos, al ver que manos extrañas quieren apoderarse de un pedazo de nuestro suelo, sienten hervir la sangre de chicos libres y se ofrecen en masa a tomar un fusil para salvar el nombre de la Patria. Han dado el grito de ¡Viva nuestra República libre!, ¡Viva nuestro amor

nacional!”.<sup>6</sup>

Los “chinos” bogotanos participan de campañas públicas y la ciudadanía se queja por la mala calidad de sus servicios. En el Nuevo Tiempo de 1904, en una nota suelta de prensa leemos: “Dá grima ver como los “gamines del aseo”, capitaneados por quienes poco ó nada se preocupan por hacerles cumplir su deber, barren- de una en quinientas - las calles de la ciudad. Con cuatro escobazos, de cuatro pilluelos, estuvo barrida una calle. Y lo mejor del cuento, es que de cada escobazo, va á formar la basura en el centro de la calle un lodazal endemoniado. Es tiempo ya de que los encargados del aseo vigilen este punto, pues es claro que habiendo cloacas en cada calle hay infección general en la ciudad.”<sup>7</sup>

El “chino” bogotano es objeto de estudio y reflexión. Un artículo de Julián Páez, aparecido en el “Bogotá Ilustrado” de 1907 sobre los “chinos”, y más específicamente sobre los emboladores, nos permite seguir de cerca sus actividades y su origen: “No es exagerado decir que un chino, solo, hace leer más que todos los maestros de escuela de Colombia reunidos... grita y pregona por calles y plazas, ‘El Correo, y El Comercio, El Nuevo Tiempo y El Porvenir, La Revista de la Paz y Bogotá Ilustrado’ ... Desde entonces viene ... creciendo y engordando en nuestra sociedad como rueda indispensable, ese infeliz gremio que antes moría de inanición, sin fuerzas para la lucha de la vida, sin más techo que el cielo, ni otra vivienda que la calle, ni más alojamiento que el Hospicio; sin otro maestro que el déspota severo, dueño del tenducho en donde el desgraciado había venido al mundo; sin otro pan que el que daba la caridad, y sin otra esperanza que la de entrar a los cuarteles a cursar en la escuela de la carne de cañón ...”. Julian Páez, se pregunta en dónde nace el chino y quiénes son sus padres, y así responde: “... nadie lo sabe; él mismo lo ignora quizá; en un cuchitril sucio y desmantelado, quizá en los negros calabozos de la prisión, lo arrojó su madre sobre el mundo... pasó presto su vida de lactancia y cuna, porque presto pasa todo para él... cuando la madre ... iba al mercado, a la fuente pública, o a servir por días en la casa donde se hallaba concentrada, dejaba, abandonado y solo, al chiquitín sufriendo las crueldades del hambre, del silencio y de la oscuridad de la pieza inmunda que tuvo por albergue, si fué que tuvo alguna; lloró todas las lágrimas que sus ojos tuvieron, por eso ríe desde que llegó a grande y ríe en todas partes y a toda hora, con una risa sarcástica y temible ... Así que pudo andar fué habilitado como

muchacho de servicio, y ora traía el agua del chorro vecino, ora los comestibles de la tienda de la esquina y desgraciado si se tardaba, si rompía la vasija o si perdía el dinero que la habían dado para las compras, porque una mano colérica y brutal, impulsada con frecuencia por el estúpido alcohol, se dejaba caer cruel y desgarrante, sobre sus carnes indefensas. ... Una tarde ... fué mandado el chino a traer el diario de la venta más afamada que por su barrio había, ...el pan se exhibía en los cajones de la estantería, ...el chino cogió el pan aquella noche, sació su hambre y en su vivienda se quedaron esperándolo hasta el día de hoy. ... El mandadero jamás volvió a ella...".<sup>8</sup>

El "chino" bogotano no es un niño aislado. Forma parte de grupos callejeros. Julian Páez describe cómo se vincula el chino de la calle a estos grupos: "...ya libre... sin techo y sin sujeción... no teme ya al látigo del colérico patrón, pero el hambre lo acosa... ¿qué hacer? Pasa por el parque de Santander, en donde, en estrepitosa bullanga, hállase el gremio chinesco, reunión de harapos y alegría... y de aquel grupo surge su redención: un chino amigo, su vecino y compañero, que le sale al encuentro, y entre risas y burlas se informa de su suerte, se duele de ella, le da de comer de lo que come ... y lo toma orgulloso bajo su amparo y protección. El anfitrión sigue dispensando su protección al recién venido, procura hombrarlo, iniciarlo en el *modus vivendi* de la cofradía chinesca; le enseña los sitios de reunión, las ventas más a la moda entre ellos, las ventorras que los tratan con más consideración, el punto donde miden mejor los alimentos, y procede a presentarlo a sus compañeros... el recién venido no tiene un centavo, le falta un cajón, una caja de betún y un cepillo. ¿Que hacen? Uno de ellos presenta su gorra a los demás, y en ella va depositando cada uno su contribución; muchas veces no se reúne la suma que necesita... alguno grita: ¡A mi me sobra cepillo! ¡Yo le doy un poco de bola!... Y a los pocos momentos... el miserable y hambriado... es un embolador como el que mejor pueda serlo... Principia para él una vida de libertad, de irresponsabilidad, de autonomía, de grandeza individual, que tiene bellezas imponentes y seductoras: una vida de ave, de brisa, de correteos, de gritos, de noches estrelladas, de fiestas y de llantos, de bostezo y harturas...".<sup>9</sup>

Estos grupos los conforman niños, muchachos, y uno que otro perro. Los nombres de los emboladores y "chinos" de la calle son similares a los de tantos gamines que encontramos a lo largo del siglo. Son muchos los Diablos, Cuchucos, Patichuecos y Pucheros, que han

vivido en las calles de Bogotá...

La múltiple información revisada nos muestra elocuentemente las condiciones de vida miserables de las clases menesterosas de la capital y las dificultades que tenían que sortear los niños expósitos: "Las calles y plazas cubiertas de lodo, los cerros envueltos en blanco manto de nubes y el cielo plomizo y siempre velado, todo, todo contribuye a entristecer la vida y a quitar toda esperanza de cielos en lo alto y días venturosos acá abajo... En los huecos de las puertas duermen en estos días los muchachos abandonados; no se conciben estas existencias, desde el lecho tibio, bien abrigado en habitaciones confortables, no concibe uno como estos desventurados puedan soportar sin morir la espantosa crueldad del invierno. Porque de noche hace frío, mucho frío, un frío del demonio; un aire maldito muerde la cara y hace pensar con terror en la desventura del que a la intemperie vive sin ropa y sin techo...".<sup>10</sup>

Y encontramos también en la prensa narraciones sobre eventos violentos y dolorosos en los que se ve inmersa la infancia callejera capitalina. "El ciego vendedor de periódicos ocasionó varias heridas a un embetunador... Un chino de los mas robustos, ofendió de palabra al ciego Jorge Maldonado. Este contestó las ofensas y ya se marchaba con sus periódicos bajo el brazo, cuando de repente sintió el golpe de un cajón de embetunar. El ciego alcanzó a tomarlo por el cuello y le dió una fuerte tenida haciendole saltar la sangre del rostro y causandole una herida en la pierna izquierda con un tremendo mordizco".<sup>11</sup>

En la década del diez, el chino de la calle y el chino limpiabotas, continúan siendo las imágenes más importantes de la infancia callejera bogotana. Reciben a veces nombres que nos indican sus multiples oficios: "chino limpiabotas", "chino embolador", "chino carbonero", "chino voceador"... Su aspecto siempre es el mismo: "...Es la troupe de los limpiabotas, la dolorosa troupe de los muchachos que se ríen de su miseria, y sueñan sobre el cajón de los betunes, en las caricias que reciben los niños y derraman las madres en el lecho blanco que vela un taciturno Cristo de marfil. ¡ Los limpiabotas! A sus almas no ha llegado la misericordia de las alegrías, ni sobre sus labios que amarga una mueca de desconcierto, ha caído la limosna de un beso tibio que alimente el espíritu con el pan de la felicidad. Ruedan por las calles ojerosos, pero rebeldes, roto el vestido, tiznados los rostros y las manos, la cabellera

grasosa sobre las sienes y el cajón de pino blanco en las espaldas. En la plaza de mercado los he visto mirando codiciosos, con la desolada codicia de los impotentes, la miel cristalina de las frutas. Sobre las mesas las manzanas de tez de novia, los duraznos de la carne fina y las piñas rojas que se yerguen como pequeñas piramides sobre los montones rojos de las naranjas... Se humedecen los labios de los muchachos, y vuelven con desconsuelo los ojos al perro flaco y viejo, compañero en los umbrales de piedra durante las noches largas de los inviernos.... y se marchan. Han conocido el vicio, y llevan como tantos otros niños solitarios, huérfanos del placer, en sus cuerpos maltratados la ruina de la sífilis. Las llagas - rosas que fertiliza el dolor - se abren trágicamente en la carne envenenada de esos desamparados; hay muchos deformes, los hay ciegos; son ellos el efecto del crimen, los niños del olvido, ellos que no han sabido otra cosa que luchar contra las múltiples invasiones de la muerte, contra la maldad de los opresores, contra el salvajismo de la sociedad injusta. Los ¡Limpiabotas! El desprecio incuba tardíamente en sus pechos el odio y la venganza: la sociedad que los rechaza los hace perversos, el gesto displicente que los befa los hace malos. Nadie los ha enseñado a regar el rocío de la compasión porque nadie los compadece; nadie los ha enseñado a llorar porque nadie llora por ellos. La inhumanidad de los hermanos los arroja de la fiesta de las ilusiones, los priva del milagro del placer que dá recibir la sangre en copas de ensueño. Burlona la fatiga los empuja a vagar; irónica y sarcástica el hambre, les roe las entrañas y llena de visiones el cerebro...".<sup>12</sup>

En esta década al "chino de la calle", lo vemos en todas partes. En el Parque de la Independencia lo encontramos en las fotos que publica la prensa, detrás de los niños de uniforme marinero y niñas de vestido de organdí. En todas las procesiones, manifestaciones y huelgas de obreros, el "chino bogotano" siempre está presente. En las noches en que los bogotanos se distraen sanamente admirando una novedosa película, son ellos los que arman el gran escándalo y no permiten que el público se distraiga tranquilamente. "Los encargados de guardar el orden deben impedir el gran escándalo que los chinos forman en la Plaza de Bolívar las noches de exhibición de Cinematógrafo en el Almacén del Día. ... Sabemos que este simpático establecimiento suspenderá pronto tan divertido espectáculo, si continúa el escándalo en contra de las personas decentes que a él asisten".<sup>13</sup>

Son también los "chinos" que pululan en la ciudad, los encargados

en sus ratos de ocio, de destruir vidrieras e insultar a las señoras que pasan por ciertas calles de la capital. "...Esperamos confiadamente que la policía redoblará ahora su vigilancia en la calle 24, azotada por varias plagas que un colega denunció. Los granujas que pululan por aquellos contornos, sin padres que los corrijan y eduquen, ocupados en destruir vidrieras y en insultar a las señoras, y los hombres que no respetan los hogares conversando con las criadas por las ventanas, deben desaparecer, no sólo de allí sino de todas las calles de la ciudad".<sup>14</sup>

Estos asiduos habitantes de la calle viven de la limosna y del robo, aunque no es raro encontrarlos desempeñando algunos trabajos esporádicos. Con frecuencia los vemos protagonizando peleas callejeras que suelen dejar heridos graves, llegando algunas veces hasta la muerte de alguno de ellos.<sup>15</sup> El niño "gamin" o el "chino de la calle" suele ser un pequeño ladrón que diariamente se abastece del robo callejero o del robo mejor organizado de almacenes y casas de familia, pero sobretodo él es un pequeño recolector que vive de las sobras de la ciudad y especialmente de los desperdicios las plazas de mercado.

En El Tiempo, de mediados de los años veintes, encontramos una descripción sobre los niños que viven en las plazas de mercado y que están vinculados con el mundo delincuente: "... Sobre la situación de los infelices niños que pululan a diario por las plazas de mercado, sitios éstos de mayor predilección, cabe repetir lo dicho en comunicación al Señor Alcalde de la ciudad ... : actualmente las plazas todas de la ciudad y especialmente la de la Concepción, contemplan con estos menores un problema de extraordinaria gravedad, ya en lo que se refiere a los niños en sí, cuya salud se está minando con las emanaciones pútridas de las frutas en descomposición, ya por el estado del pavimento de los patios que en tiempo de invierno se convierten en pestilente lodazal; pero aún cuando esta última causa no subsistiera, no por eso dejaría de ser perjudicial para la salud de los mismos el estar en contacto directo con los víveres y respirando un aire viciado. Por otra parte se hallan completamente descuidados por las madres que por atender la venta de sus artículos, no les prestan los cuidados que su edad requiere... Refiriéndonos a los gamines que pululan por la plaza, acosados por el hambre agregamos: no es menos repugnante y perjudicial, bajo el punto de vista de la higiene física y moral, el espectáculo que presentan los gamines que a diario pululan por la plaza, escogiendo las frutas en descomposición que arrojan las expendedoras de estos artículos,

lamiendo las hojas que envuelven las cargas de panela, y por último apoderándose de los huevos podridos que arrojan al suelo... En cuanto a estos últimos, cabe significar a usted que son dignos bajo todo concepto de la protección oficial y particular, pues hoy delinquen por necesidad, debido al instinto de conservación desarrollado en todos los seres y mañana serán los pobladores de las cárceles y colonias penales, constituyendo un verdadero peligro para la sociedad; mal este que podemos atajar a tiempo con medidas de caridad y protección que contribuirán a obtener para estos desgraciados no solo el bienestar material, sino su perfeccionamiento moral".<sup>16</sup>

Después de leer estas descripciones, de las que podemos intuir las difíciles condiciones de vida del "chino bogotano" de comienzos de siglo, queremos resaltar, cómo éstas no difieren de las descripciones actuales sobre las condiciones de vida del "gamín" capitalino. Sin embargo, la imagen pintoresca, las analogías que se usan para describir al chino bogotano de principios de siglo y los valores con que éste se asociaba, sí difieren totalmente de las actuales.

El gamín, a finales del siglo pasado y a principios de éste, era un elemento característico del paisaje aldeano de Bogotá. El "chino de la calle", trabajador, simpático, travieso, ingenuo, libertino y recursivo, realiza trabajos de boceador de prensa, lustrabotas y carbonero. Poco a poco se convierte en "chino delincuente" y mezcla sus actividades cotidianas con el robo y el atraco. Aparece el "gamín" atracador y ladrón, el pequeño limosnero y asesino que se convierte en una de las mayores plagas de la ciudad.

Esta transición que percibimos a través de los documentos, nos la ilustra Osorio Lizarazo en un escrito de finales de 1926: "El limpiabotas auténtico, aquel que constituyó un tipo inseparable de las calles de Bogotá, está a punto de desaparecer... Aquel "chino" típico, que se cubría con un destrozado vestido de "cachacho", cuyas mangas de saco y de pantalón había doblado veinte o treinta veces a fin de permitir el libre uso de pies y manos... con el rostro picaresco lleno de betún, se ha extinguido casi del todo con sus frases picantes, sus ocurrencias originales y sus actos admirables. Era pícaro, medio ladrón y aventurero, como uno de los personajes descritos en clásicos cronicones. Dormía en las puertas, al amparo de los templos, bajo los puentes y en los parques. Su ingenio, de precocidad desconcertante, era el depositario de todo el ingenio bogotano... Nunca supo quiénes fueron sus padres. O si lo supo,

los perdió de vista desde sus primeros años. Cuando apenas contaba tres o cuatro años, salió a la calle, y la convirtió en su hogar. Compartió fraternalmente su miseria con todos sus compañeros... Comía lo que hallaba a mano, y desconocía todos los principios de higiene que han sido la preocupación del siglo ... Casi siempre se hacía acompañar de un perro. Desde que salía a ganarse la vida, a los tres o cuatro años, dos eran sus preocupaciones: adquirir un cajón de limpiabotas, profesión a que estaba predestinado, y conseguir un perro... Era éste también un desheredado de la fortuna. Tampoco tenía hogar y no había conocido a su madre. Prestaba un servicio eficiente. Durante las prolongadas y frías noches bogotanas, el perro abrigaba al amo...".<sup>17</sup>

Osorio Lizarazo habla en pasado. Su escrito refleja la evolución del proceso de los niños que viven en la calle. El "chino bogotano" empieza a desaparecer hacia finales de la década del veinte y va dando lugar al apareamiento del niño "gamín" que conocemos en la actualidad. Este, mantiene una identidad con su antecesor el "chino", comparten características similares, se enfrentan a situaciones parecidas y las solucionan de manera análoga.

El "gamín" adquiere unas peculiaridades nuevas que nos hablan ya no de un personaje de un pequeño pueblo como era Bogotá a principios de siglo, sino por el contrario estos cambios actualizan al "chino" para ser el inquilino de las calles de una Bogotá moderna y populosa. El Gamín hace parte de la ciudad en crecimiento. La supervivencia en la calle tiende a hacerse cada vez más difícil y peligrosa y la gallada como elemento identificatorio del "gamín", adquiere una presencia más importante que la de sus mismos miembros.

## NOTAS

<sup>1</sup>Este trabajo hace parte de una investigación mayor iniciada en junio de 1987 con el patrocinio financiero de la Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología del Banco de la República, sobre La Historia de la Infancia en Bogotá: 1900 - 1989

<sup>2</sup>El Alma de Bogotá. Antología seleccionada y comentada por Nicolás Bayona Posada. Imprenta Municipal. Bogotá, 1.938

<sup>3</sup>Revista El Domingo. Revista quincenal. Bogotá, Marzo 19 de 1.899

<sup>4</sup>Revista El Domingo. Revista quincenal. Bogotá, Marzo 19 de 1.899

<sup>5</sup>Mundo al Día. Bogotá, Noviembre 13 de 1.926

<sup>6</sup>Falta

<sup>7</sup>El Nuevo Tiempo. Bogotá, Diciembre 15 de 1.904

<sup>8</sup>Bogotá Ilustrado. Bogotá, Febrero de 1.907

<sup>9</sup>Bogotá Ilustrado. Bogotá, Febrero de 1.907

<sup>10</sup>Nuevo Tiempo. Bogotá, Mayo de 1.902

<sup>11</sup>Bogotá Ilustrado. Bogotá, Abril de 1907

<sup>12</sup>Diario de Colombia. Bogotá, Mayo 28 de 1.910

<sup>13</sup>Diario de Colombia. Bogotá, Julio 4 de 1.910

<sup>14</sup>Diario de Colombia. Bogotá, Mayo 19 de 1.910

<sup>15</sup>El Tiempo. Bogotá, Octubre 25 de 1.927

<sup>16</sup>El Tiempo. Bogotá, Octubre 22 de 1.924

<sup>17</sup>Mundo al Día. Bogotá, Noviembre 13 de 1.926